

RODRIGO MORALES MANZANARES

No desprestigiemos el consenso

Aún no culmina el proceso legislativo y la reforma a Pemex ya ha merecido el desprecio de tirios y troyanos. Sobran señalamientos de que es insuficiente...

No es una buena noticia que el consenso se desprecie tan fácilmente. La reforma petrolera que hoy deberá quedar aprobada por el pleno de la Cámara de Diputados viene a coronar un accidentado, pero provechoso, proceso de negociaciones que incluyó *spots*, tentativas de albazos, toma de tribunas, múltiples foros de debate, movilizaciones y muchas horas de deliberación. Y lo paradójico del caso es que Andrés Manuel López Obrador, uno de los autores más relevantes de la obra legislativa, ahora se desdiga de su propia obra. Veamos.

La adición de las famosas doce palabras al artículo 60 de la Ley Reglamentaria de Pemex es, al decir de la enorme mayoría de los legisladores, innecesaria. El conjunto de disposiciones contenidas en los siete dictámenes no deja lugar a dudas de cuál es el espíritu de la reforma: se impide expresamente la privatización de la refinación, transportación, almacenamiento, distribución y ductos; no habrá contratos de riesgo; no habrá empresas filiales; habrá mejores mecanismos de control sobre Pemex, etcétera. Sin duda un triunfo del PRD avalado, además, por el notable grupo de especialistas que asesoró a dicho partido.

Sin embargo, AMLO percibe que, si no se adicionan las doce palabras, todo lo anterior no merece ser tomado en cuenta. Tampoco le parece necesario ofrecer una explicación que nos ayude a entender por qué la centralidad de las doce palabras. El senador Graco Ramírez señaló que la adición era para precisar, pero que la ley era clara en señalar los límites de actuación de Pemex. Sin argumentos, la amenaza de nuevo es la movilización. Hay que reconocer que la primera movilización perredista, en efecto, permitió reencauzar el debate petrolero y traducir en dictámenes sus principales preocupaciones. La nueva movilización, empero, no parece poseer objetivos muy precisos, a menos que se trate del viejo vicio de movilizar para evitar la desmovilización. A todas luces es un despropósito. La capacidad de AMLO para transformar los triunfos en derrotas parece que no tiene límites.

Los siete dictámenes constituyen seguramente la pieza legislativa con mayor impronta perredista en toda la historia del Congreso y, sin embar-

go, es justamente de entre las filas perredistas de donde salen los mayores descalificativos. Pero no sólo de ahí, el ex presidente Fox ha entrado a escena para descalificar el esfuerzo de los legisladores, señalando que la reforma es pírrica y pequeña. AMLO y Fox: dos de los animadores de la camorra política, están más vivos

que nunca. La reforma, que pudo haber significado el comienzo del fin de la polarización social, por desgracia seguirá dando de qué hablar.

Con todo, el proceso deliberativo permite alentar cierto optimismo con respecto a la capacidad de los actores políticos para encontrar puntos de acuerdo, y me parece que eso no hay que despreciarlo. La mayoría de nuestros legisladores están dispuestos a transitar por la ruta de las instituciones.

Las reacciones de fuera del Congreso son las que preocupan. Aún no culmina el proceso legislativo y la reforma a Pemex ya ha merecido el desprecio de tirios y troyanos. Sobran señalamientos de que es insuficiente, que pronto habrá que emprender una nueva que sí sirva, etcétera. Antes añorábamos que los partidos se pudieran poner de acuerdo en el Congreso, señalábamos como perniciosa la parálisis legislativa, ahora,

Continúa en siguiente hoja



Fecha 28.10.2008	Sección Primera	Página 21
----------------------------	---------------------------	---------------------

cuando se ponen de acuerdo en algo, la consigna parece bombardear el contenido de esos acuerdos. Al Congreso le va mal siempre: si los partidos anteponen sus intereses, simulan el diálogo y se impone una parálisis legislativa, mal; si las fuerzas parlamentarias consiguen construir acuerdos, también mal.

Por supuesto, es saludable el ejercicio de la crítica, pero si no justificamos el valor de la negociación, lo que estamos desprestigiando es el sistema de representación política. Es decir, tenemos en el Congreso a los representantes que elegimos, su trabajo consiste justamente en procesar las reformas que sean posibles, dada la correlación de fuerzas que produjimos con nuestros votos. Sin embargo, con mucha frecuencia (reforma fiscal, electoral y ahora petrolera), esos logros son señalados como insuficientes por unos o excesivos por otros. Creo que hay que aprender a convivir mejor con la pluralidad. Tengo para mí que es mucho mejor un Congreso productivo que una representación que vive recreando sus diferencias sin poder avanzar. Pero creo que lo que más debería preocuparnos es el desprestigio del consenso, lo que más deberíamos cuidar, insisto, es el valor de la negociación y el diálogo.